

Clásicos españoles de la Educación

(I)

José de Calasanz

FELIPE CENCERRADO ALCANIZ

SAN JOSE DE CALASANZ, MAESTRO COOPERADOR DE LA VERDAD

«Vosotros sois la luz del mundo... Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres: que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».¹

INTRODUCCION

El actual clima de secularización que invade el campo educativo, como un reflejo de la secularización de la sociedad en que vivimos, ha logrado, si no eclipsar a figuras señeras en la Historia de la Educación, sí ponerlas en un segundo plano, de ninguna manera acorde con su aportación e incidencia en el campo educacional.

Un análisis desapasionado de este hecho, nos hace ver que se debe —aparte posturas dogmatizantes preconcebidas— a una deficiente comprensión del concepto mismo de «secularización», que ha venido a entenderse como una debida marginación, o al menos ausencia, de la dimensión religiosa del hombre en la vida social, y, en nuestro caso, en la actividad educadora de la escuela.

Sin embargo, una penetración más aguda del sentido conceptual de la «secularización» nos ha de llevar a aceptar, por una parte, la autonomía de la actividad magistral y docente en las áreas que le son propias de los conocimientos profanos; y, por otra, un respeto profundo a los valores religiosos ínsitos en lo más profundo del ser del hombre. «*La religión —religatum esse, religio, religión, en su sentido primario— es una*

¹ Mat. 5, 13. 16.

*dimensión formalmente constitutiva de la existencia... El hombre no tiene religión, sino que vellis, nolis, consiste en religación o religión... La religación no es una dimensión que pertenece a la naturaleza del hombre, sino a su persona, si se quiere a su naturaleza personalizada.*²

Desde esta perspectiva, estimo valioso poner de relieve la rica personalidad y la actividad educadora de nuestro patrono San José de Calasanz, felizmente presente en nuestra memoria; aunque, a veces, dejado en la penumbra o, simplemente citado como uno de tantos educadores en algunos manuales de Historia de la Educación. Ya nos ponía en guardia contra ese olvido el erudito bibliógrafo D. Rufino BLANCO cuando escribía: «Sepan algunos parciales historiadores de la educación que dos siglos antes que Pestalozzi fracasase en todas sus empresas de escuela popular, se había llenado el mundo de escuelas para el pueblo en beneficio de las clases necesitadas, fundadas por los religiosos escolapios de San José de Calasanz».³

Ciertamente hay una hipérbole en estas afirmaciones de BLANCO, propia del estilo de la época; pero en verdad que la ejemplaridad de la conducta, la alteza de los ideales y la importancia de las Escuelas Pías en la liberación de los niños pobres mediante la instrucción intelectual hacen que San José de Calasanz pueda ser presentado a los estudiantes de Magisterio y a los maestros como un modelo a seguir, un ideal a soñar y una actividad liberadora a realizar.

1.—EL HOMBRE

Nace José de Calasanz en Peralta de la Sal (Huesca) en el año de 1556. La Casa de Austria está en el apogeo de su poder. Las letras y las artes españolas en su Siglo de Oro. La Iglesia en el período más intenso de su reforma mediante el Concilio de Trento. Es, pues, un tiempo, en el que para brillar con luz propia habrá que superar a muchos.

Sus padres, Pedro Calasanz y María Gastón, de modesta condición social, orientan al niño hacia los estudios, de manera que pueda ganarse la vida con alguna profesión liberal, ya que en casa no hay bienes suficientes y el hermano primogénito, Pedro, vendrá a ser el titular de los derechos sucesorios de acuerdo con el Fuero de Aragón. Al cumplir los

² ZUBIRI, XAVIER: *Naturaleza, Historia, Dios*. Editora Nacional. Madrid, 1963, pp. 373-374.

³ BLANCO, RUFINO: *Bibliografía pedagógica*, citado por MORENO, JUAN MANUEL y otros: *Historia de la Educación*. Paraninfo. Madrid, 1978, p. 244.

diez años, José se traslada a Estadilla para iniciar los estudios de gramática, retórica y poética. Durante este período de su niñez se mantiene fiel a las enseñanzas paternas, se muestra piadoso y estimula a sus compañeros al cumplimiento de los deberes religiosos y escolares.

El bienio de Artes y el cuatrienio de Leyes los estudia en la Universidad de Lérida, a donde se traslada en 1570. Allí obtiene los grados en Derecho Canónico y Civil. Más tarde estudiará Teología en Valencia y en Alcalá de Henares. Recibe, pues, en su formación universitaria, las influencias humanistas de la Universidad Complutense, y se abre su espíritu a más altos ideales que piensa cumplir siguiendo la carrera eclesiástica, contra la oposición de su padre que, a la muerte de su hermano mayor, lo reclama como heredero de la familia. Se ordena sacerdote en 1583.

Su actividad sacerdotal se inicia en Barbastro, junto al obispo Felipe de Urries y, más adelante concurrirá a las Cortes de Monzón, convocadas por el rey Felipe II, en su calidad de secretario del obispo de Albarracín Gaspar Juan de la Figuera. Recibe el encargo de secretario de la Junta de Reforma de los Agustinos. Más tarde lo veremos como secretario y maestro de ceremonias del Cabildo de Urgel. Después de desempeñar otros cargos pastorales en Ortoneda, Claverol y Tremp, pasa a Barcelona donde se doctora en Teología.

En 1592 se encuentra en Roma con la pretensión de obtener una canonjía. Allí vive en el palacio Colonna hasta 1602. Fue durante este tiempo en el que se da un cambio —una conversión, podríamos decir— en su carrera sacerdotal. Ya no la ve como una progresión en busca de dignidades; sino que se lanza a una actividad profundamente apostólica y educadora. Puede afirmarse que a partir de 1595 se define su orientación hacia el cuidado y educación de los niños pobres, y hacia una mayor intensidad de vida interior que le llevará a la santidad.

Calasanz, de quien no puede decirse que fuera un científico en sentido estricto, sí que llegó a ser un sacerdote culto y erudito. De gran firmeza en sus convicciones, tenaz ante las dificultades, pragmático en sus realizaciones, organizador y guía seguro de sus compañeros. Gobernó las Escuelas Pías, primero como Prefecto, y después como General hasta su deposición —debida a intrigas malévolas— por el Papa Inocencio X que llegó a reducir la Orden a una simple federación de casas religio-

sas independientes entre sí. Después de su muerte, acaecida en 1656, el Instituto de las Escuelas Pías será restablecido por la Santa Sede.⁴

2.—EL ENTORNO

Para mejor comprender el valor de la actividad desplegada por Calasanz en la Roma de finales del siglo XVI, conviene esbozar, aunque sea ligeramente, la situación socio-religiosa y educacional de la época.

No hacía mucho tiempo, en 1527, las tropas germánicas del Emperador Carlos habían entrado a saco en Roma, y habían dejado un rastro de desolación y ruina a su paso. Las periódicas inundaciones del Tíber arruinaban edificaciones y asolaban cosechas. Las sucesivas epidemias, especialmente la peste, arrojaban oleadas de huérfanos a las calles, que pululaban por los mercados, merodeaban los alrededores de los palacios mendigando, robando, enzarzándose en continuas peleas acuciados por el afán de sobrevivir. Los ancianos y los niños resultaban los más afectados por estas calamidades, llegando en numerosas ocasiones al borde del hambre. Un escritor de aquel tiempo describe así la situación: «Por Roma no se ve otra cosa que pobres mendigos, y, en tan gran número, que no se puede estar ni ir por las calles sin que continuamente se vea uno rodeado de ellos, con gran descontento del pueblo y de los mismos pordioseros».⁵

Este mísero espectáculo no pudo menos de conmover la fina sensibilidad humanística y cristiana de José de Calasanz, especialmente el ver la multitud de niños y adolescentes abandonados, carentes de lo más necesario, de tal manera que la reflejará en una de sus Reglas: «Muchos de los cuales, por la pobreza o descuido de los padres, no van a la escuela, ni se dedican a algún arte o ejercicio, sino que viven dispersos y ociosos, y así, con facilidad, se entregan a diversos juegos, particularmente al de las cartas, y es preciso que, cuando no tienen dinero para jugar, roben en su propia casa primero, y después donde pueden, o bien encuentran dinero de otras pésimas maneras. Ayudar a estos niños será liberarles de las horcas y galeras a donde, por lo común, van a parar cuando mayores quienes de niños viven en tales vicios».⁶

No me resisto a glosar brevemente esta Regla, pues, nos presenta una vivísima pintura de la corrupción juvenil de la Roma del Ciquecen-

⁴ Cfr. BAU, C.: *San José de Calasanz*. Salamanca, 1967, *passim*.

⁵ FANUCCI, C., citado por CENTELLES, JULIAN: *San José de Calasanz*. Madrid, 1956.

⁶ *Reglas Calasancias* (edic. extracomercial). Regla 12.

to —siglo que para muchos marca el cenit del Humanismo—. Para mejor captar la profundidad del mal, al que alude Calasanz, hay que recordar que la ilustración de los juegos de cartas estaba constituida por dibujos procaces inspirados en la licencia de costumbres inaugurada por *Il Decamerone*, en muchos casos claramente pornográficos (de ahí que todavía perdure la denominación de «sota» para la mujer dada a la prostitución). La búsqueda de dinero para satisfacer la pasión del juego y de la bebida empujaba a los adolescentes a robar en cualquier parte, y, cuando esto no era posible se hacían con «quatrini» de otras *pésimas maneras*, expresión que deja traslucir, en un lenguaje propio del eclesiástico piadoso, la explotación de los jóvenes a mano de los pederastas.

Este cuadro es tanto más sombrío cuanto al mismo tiempo se estaba dando en Roma culminación al templo de San Pedro, iniciado por Bramante en 1506, modificado por Miguel Angel y concluido en 1626 bajo la dirección de Maderna, autor del pórtico y de la fachada, la iglesia de San Pedro in Montorio, el Palacio del Capitolio, de Miguel Angel; la iglesia de Jesús, de Vignola; y la columnata de Bernini. Todas estas obras arquitectónicas, grandiosas en su fábrica, y las riquezas empleadas en su decoración: mármoles, pinturas, retablos, artesonados, así como el mobiliario, lámparas, exornos, etc., había consumido el erario público y gastado sumas inmensas aportadas por todos los pueblos de Europa (controversia luterana de las Indulgencias).

Los dispendios públicos de los pontífices renacentistas y de otros mecenas de las artes trajeron como consecuencia el abandono de la instrucción popular. «Así las escuelas públicas vinieron a ser cada vez menos, y se operó el fenómeno de un gran retraso y una generalización de la ignorancia, en una edad en la que hombres doctísimos disputaban de latín y griego, se esforzaban por escribir epístolas y discursos con el estilo de Cicerón y versos líricos y épicos en tonos virgilianos y de los poetas augústeos».⁷

Hubo, con todo, algunas instituciones que trataron de paliar tanto mal social y evitar la corrupción del cuerpo y del espíritu de los niños desvalidos, como el *Hospital del Espíritu Santo*, mandado edificar por el papa Sixto V, los *Oratorios* de San Felipe Neri, la actividad educativo-social de Leonardo Cerusi, y, sobre todo el *Colegio Romano*, de la Compañía de Jesús, que acogió a niños y jóvenes y les proporcionó una enseñanza de calidad, regular y sistemática. Pero este colegio sólo admitía niños que supieran leer y escribir, con lo que los más pobres, al carecer

⁷ PECCHIANI, P.: *Roma en el Cinquecento*. Madrid, 1968, p. 82.

de maestros de primeras letras, no podían acceder a este centro. Por otra parte, la enseñanza dominical de los Oratorios y de las escuelas parroquiales que todavía subsistían resultaba insuficiente para liberar de la ignorancia y proporcionar un medio de vida. Otra institución fue el *Collegio Clementino*, de los Somascos, que educó a un número reducido de niños de alta posición social en régimen de internado, por lo que escasamente influyó en la educación popular.

Resulta, pues, un hecho histórico innegable que en Roma, como en otras ciudades y Cortes, el Humanismo, en vez de fomentar la cultura popular, en conformidad con sus ideales humanistas, provocó una involución de la misma, sobre todo en lo que a realizaciones prácticas se refiere. La instrucción del pueblo llano, realizada de un modo inicial por las escuelas conventuales y parroquiales, y proseguida de manera sistemática por las escuelas abaciales y catedralicias de la Baja Edad Media, o en las escuelas gremiales de los burgos, se desmorona y desaparece. Únicamente, grupos reducidos de familias ricas pueden proporcionar educación a sus hijos, mediante el preceptor o maestro en el propio hogar, que desarrollaban programas sobrecargados de estudios clásicos, en tanto que la inmensa mayoría de los jóvenes quedaban sin instrucción alguna, ni siquiera podían acceder a las primeras letras.

La enseñanza primaria pública había sido encomendada, desde principios del siglo XVI a los llamados «Maestros Rionales» en la Urbe, maestros que eran designados y pagados por la Universidad de Roma —la «Sapienza»—; pero el escaso salario, la falta de prestigio social y los menguados medios didácticos, impedían a estos maestros realizar con eficiencia su trabajo, no siempre dotados con la debida preparación y, en algunos casos, dados a la picaresca para conseguir medios de subsistencia. Todo ello contribuyó a que las escuelas rionales fueran poco a poco extinguiéndose con grave daño para la instrucción pública. La valoración que recoge Calasanz de estos maestros —valoración que era voz común en el pueblo romano— es la que sigue: «se hallan faltos de caridad, huyen el trabajo... de donde resulta que los niños aprenden más vicio que virtud».⁸

Las palabras de Calasanz son excesivamente benignas, ya que en realidad se trataba de personas ignorantes, y, con frecuencia, corrompidas. La nómina de estos maestros rionales no pasaba de 13 ó 14 en una ciudad de 120.000 habitantes que contaba entonces Roma, lo que supone un mínimo de 6.000 niños necesitados de instrucción elemental —sin

⁸ Regl. Cals. 69.

contar las niñas, a quienes el ambiente social reinante negaba el ingreso en la escuela—. Además, estos maestros, para completar sus raquíticos ingresos oficiales, con frecuencia no satisfechos puntualmente, exigían a los familiares de los niños el pago de honorarios, imposibles de satisfacer por muchos padres, dada su penuria económica.

3.—LA OBRA

La preparación jurídico-moral de José de Calasanz, unida a su visión teológica de los hombres —hijos adoptivos de Dios, redimidos por Cristo y templos del Espíritu Santo— le impulsaron a hacer un profundo análisis de la realidad social en que se movían los jóvenes romanos, y a buscar soluciones para mejorar la condición de los mismos. Una juventud entregada al ocio, ignorante, proclive a los vicios, explotada por gentes de vida airada, daría lugar a una sociedad insolidaria, subversiva, violenta y, lo que es peor, alejada del amor de Dios, con lo que quedaba comprometida no solamente su vida temporal, sino también la eterna.

En sus contactos con los niños y más aún con los jóvenes delinquentes, pudo observar que estaban sumidos en la mayor ignorancia: desconocían los rudimientos del saber y hasta las más elementales verdades religiosas; descubrió, en sus diálogos, que muchos niños tenían ingenio, curiosidad por saber y que estaban dotados de cualidades para lograr una buena educación, y que podían llegar a ser, si se los cultivaba debidamente, ciudadanos útiles para el Estado y cristianos virtuosos para la Iglesia. Vino al convencimiento de que «de la buena educación de los jovencitos depende todo el resto del bien o del mal vivir de los hombres».⁹ Además, constató que las causas inmediatas del mal que acosaba a los jóvenes estaba en la falta de escuelas, en la insuficiente preparación pedagógica y moral de los maestros, y en la escasa dedicación de éstos a la tarea educativa.

La lectura del libro de San Juan LEONARDI *«Sobre la educación de los jóvenes»*, acabó de decidirle a poner manos a la obra. Faltaba la escuela popular, gratuita, abierta a todos. Una escuela que acogiese a los niños desde su más tierna infancia, ya que era preciso «el diligente cultivo de las plantas tiernas y fácilmente moldeables de los jovencitos antes de que se endurezcan y resulten difíciles, por no decir imposible de moverse, como vemos en los hombres hechos, que con toda ayuda de oraciones, sermones y sacramentos, muy pocos cambian de vida y ver-

⁹ Regl. Calas. 69.

daderamente se convierten». ¹⁰ Una escuela en la que se integrara una formación moral y religiosa con instrucción intelectual adecuada. Una escuela acomodada al ritmo de los tiempos nuevos, que supiera captar y difundir el espíritu culto de la nueva época, sin perder las esencias multiseculares del cristianismo. Buscaba, en definitiva, Calasanz ofrecer una solución eficaz a la sociedad, tanto en el ámbito del espíritu como en el de las realizaciones sociales.

La educación consistía, para Calasanz, en la iluminación intelectual de los jóvenes, convencido de que conocidos la verdad y el bien arrastran al amor afectivo y a la práctica efectiva de la virtud, con la ayuda de la gracia divina. Por eso toda su actividad pedagógica estará impregnada de intensas vivencias religiosas. Su genial innovación fue unir la escuela dominical —donde se impartía solamente instrucción religiosa— con la escuela cotidiana en la que se enseñaba lectura, escritura y ábaco. El niño, unidad personal integrada, necesitaba una educación acorde con su naturaleza: cultivo simultáneo del cuerpo, la inteligencia y el espíritu.

Así nació el Instituto de las Escuelas Pías. Como escuela elemental y gratuita, a la que pronto se añadió la escuela media, surgida de la necesidad de no abandonar en el camino de su formación a los niños que, por su ingenio y aprovechamiento, postulaban una mayor preparación. Introduce, pues, la enseñanza del latín, de las humanidades y de la retórica, conforme al ambiente cultural renacentista, estimula la creatividad y el activismo de los estudiantes y recomienda a los maestros que «para explotar la prontitud de su ingenio los harán ejercitarse en la composición en prosa y en verso, o en un tema improvisado, o en otros ejercicios, a juicio del superior: todos los estudiantes de letras hablarán entre sí en latín». ¹¹

Vemos pues, que cuando aún faltaban dos siglos para que la Revolución francesa proclamase el principio de la generalidad de la instrucción como una conquista y un *desideratum*, ¹² ya José de Calasanz y sus seguidores habían establecido multitud de escuelas para la instrucción popular. Y para que su obra no fuera flor de un día, fundó la Orden de las Escuelas Pías cuyos miembros hacen un cuarto voto: dedicarse a la educación de los jóvenes, hecho absolutamente nuevo en la historia de

¹⁰ Regl. Calas. 69.

¹¹ B.A.C.: San José de Calasanz, su obra y escritos. Edit. Católica. Madrid, 1956 (obra en colaboración), «Documentos pedagógicos», cap. X, apartado IV.

¹² «La instrucción es necesidad de todos. La sociedad debe favorecer con todo su poder los progresos de la razón pública y poner la instrucción al alcance de todos los ciudadanos». CONSTITUCIÓN DE 1793.

la Iglesia. Todavía más, fijó los cauces para ampliar esta enseñanza elemental con la cultura clásica y científica de los mejor dotados, constituyendo la escuela media como un sistema coherente en sí mismo y con una finalidad propia: preparar a los alumnos para su inmediata incorporación a la sociedad.

Pío XII valorará la importancia histórica y cultural de la obra de San José de Calasanz con estas palabras: «Este ideal (el de la Obra Calasanciana) es sumamente elevado, porque tiene como objeto supremo el de la formación sobrenatural, y por ello, el destino eterno de los alumnos confiados a vuestros cuidados; por otra parte, es de amplitud inmensa, porque aspira a plasmar aquí en la tierra hombres perfectos por su cultura intelectual, moral y científica, según la condición, las aptitudes, las legítimas aspiraciones de cada uno, de manera que ninguno de ellos venga a ser una pieza fuera de sitio, o un inepto, y, por otra parte, ninguno vea cerrado delante de sí el camino que sube hacia las cumbres más excelsas».¹³ Elogio con el que nos identificamos plenamente.

De esta manera queda sellada, en nuestro tiempo, la apreciación que José de Calasanz tenía de su Instituto cuando en las consideraciones que presentaba al cardenal M.A. Tonti, en 1621, afirmaba: «Nadie ignora la gran dignidad y mérito que tiene el ministerio de instruir a los niños, principalmente a los pobres, ayudándolos así a conseguir la vida eterna. En efecto, la solicitud por instruirlos, principalmente en la piedad y en la doctrina cristiana, redundará en bien de sus cuerpos y de sus almas, por esto los que a ello se dedican ejercen una función muy parecida a la de sus ángeles custodios».¹⁴ y consideraba el quehacer educativo como «verdaderamente dignísimo, nobilísimo, agradabilísimo, graciosísimo y gloriosísimo».¹⁵

4.—EL IDEAL DEL EDUCADOR

El santo estaba persuadido de que valen poco las nuevas escuelas y las prescripciones por las que se rijan, si no se preparan maestros capaces de llevar a buen término la obra educativa. El pensaba en los educadores como «*Cooperatores Veritatis*».¹⁶ y escribía que «los que se comprometen a ejercer con la máxima solicitud esta misión educadora han

¹³ Pío XII: *Discurso de 22-XI-1948*.

¹⁴ «Memorial al Cardenal M.A. Tonti», 1621, en *Ephemerides Calasantiae*, 36, 9-10. Roma, 1967, pp. 473-474.

¹⁵ *Regl. Calas.* 69.

¹⁶ *Constitutiones*, Proemium, III.

de estar dotados de una gran caridad, de una paciencia sin límites y, sobre todo, de una profunda humildad, para que así sean hallados dignos de que el Señor, si se lo piden con humilde afecto, los haga idóneos *cooperadores de la verdad*, los fortalezca en el cumplimiento de este nobilísimo oficio y les dé finalmente el premio celestial, según aquellas palabras de la Escritura «*Los que enseñaron a muchos la justicia brillarán como las estrellas, por toda la eternidad*». ¹⁷ Ideario que transcribirá en las mismas Constituciones del Instituto, para que indeleblemente marquen al educador calasancio «*et cum res circa quam versamus tanti momenti sit, ut Ministros maxima charitate, patientia aliisque virtutibus praeditos requirat*». ¹⁸

Tiene presente José de Calasanz, una antropología en la que la vida del hombre no se trunca con la «dormición» (muerte terrena), sino que se prolonga en la eternidad, o como diríamos hoy, tiene una dimensión existencial de infinitud y de sosiego final en la divinidad. Por eso pensaba que de la acción del educador depende no sólo el bienestar temporal de los educandos en cuanto individuos particulares y como miembros de la sociedad; sino también, en cierto grado, el destino y felicidad eternos de los niños.

Son del santo las siguientes líneas: «La adecuada educación de los niños, principalmente de los pobres, no sólo constituye el aumento de su dignidad humana, sino que es algo que merece la aprobación de todos los miembros de la sociedad civil y cristiana: de los padres, que son los primeros en alegrarse de que sus hijos sean conducidos por el buen camino; de los gobernantes, que obtienen así unos súbditos honrados y unos buenos ciudadanos; y, sobre todo, de la Iglesia, ya que son introducidos de un modo más eficaz en su multiforme manera de vivir y obrar, como seguidores de Cristo y testigos del Evangelio». ¹⁹

Convencido, pues, de que en la educación la personalidad del educador actúa como verdadera «causa ejemplar» —en el sentido aristotélico de la misma— exige de los maestros que sean dechados de vida cristiana ejemplar, bien formados culturalmente, dotados de notables cualidades pedagógicas y diestros en las técnicas de enseñar «*ad eum finem consequendum praeter vitae spiritualis exemplum, doctrinam et modum eam tradendi, necessaria esse duximus*». ²⁰

Esos rasgos característicos del buen educador, estima Calasanz, que

¹⁷ PICANYOL, I.: *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*. Ed. Calasancia. Roma, 1951-1956. L. 1.427.

¹⁸ *Constitutiones*, Proemium, VI.

¹⁹ PICANYOL, I.: *Epistolario*... o.c. L. 1.483.

²⁰ *Constitutiones*, p. 2^a, c. 10, n° 1.

es preciso que se funden en dotes naturales de orden físico y psíquico, haciendo suyo el principio de Quintiliano: «pues la naturaleza, ayudada del cuidado puede más; y el que es guiado contra su inclinación, no podrá lograr lo que no pisa con su ingenio».²¹ El intuía que ciertos tipos humanos son, por naturaleza educadores, mientras que otros, por mucho que traten de esforzarse para lograr las características indispensables, no pueden llegar a ejercer con dignidad este noble oficio. Respecto de estos últimos, expresa su deseo de que no sean admitidos en la Orden, pues, juzga que no serán capaces de una adaptación válida ni de una integración efectiva en la comunidad educativa.²²

Para evitar que puedan introducirse en su Instituto personas ineptas para la función educadora, da normas taxativas en sus Reglas, y pide a los superiores locales que no sean aceptados para el magisterio a los postulantes que sufran afecciones crónicas de jaquecas y malestares de cabeza, los que están sujetos a cualquier anomalía mental, las carentes del suficiente ingenio «*ingenii defectus*», o los poco aptos para la comunicación y la enseñanza oral «*linguae defectus*».²³ Como puede apreciarse busca en sus educadores equilibrio y armonía psíquicos, cultura y comunicatividad, como características básicas para el ejercicio educacional.

De modo particular, quiere que se tenga en cuenta la proclividad que algunos tienen hacia la melancolía, porque «suelen ser de juicio obstinado» y su actitud de tristeza habitual engendra apatía a su alrededor, y los hace incapaces de realizar su trabajo con la alegría necesaria. Otra maravillosa cualidad requerida en el maestro: optimismo alegre y confiado, del cual brotan fortaleza para superar las dificultades inherentes al trabajo educativo, y esperanza en los resultados. Y todo ello en una atmósfera de alegría y felicidad, nacida del cumplimiento efectivo de una vocación realizadora del propio ideal del educador cristiano: «Todo esto conseguirán más fácilmente si, fieles a su compromiso perpetuo de servicio, procuran vivir unidos a Cristo y agradecerle sólo a él».²⁴

Desde la visión teológica de San José de Calasanz aparece indiscutible que la principal virtud del educador es el amor a Dios y al prójimo, que se concreta en el amor práctico para con los niños, en el ejercicio de la actividad pedagógica²⁵ con todo lo que esto conlleva: pru-

²¹ QUINTILIANO, F.: *Institutiones Oratoriae*. Lib. II, p. 93. Imprenta de Perlado Páez y Cia. Madrid, 1916.

²² Cfr. PICANYOL, I.: *Epistolario*... o.c. L. 1.463.

²³ *Regl. Calas.* XII, 8.

²⁴ PICANYOL, I.: *Epistolario*... o.c. L. 2.156.

²⁵ Cfr. *Constitutiones*, Proemium, VI.

dencia, rectitud, entrega al trabajo, paciencia con los inquietos y revoltosos, compasión con los débiles e ignorantes. Otras virtudes propias del educador calasancio son expresión de los consejos evangélicos por ellos profesados: pobreza en el uso de los bienes necesarios para la vida, castidad como resplandor del amor divino, obediencia fundada en la fe, vida interior de unión y contemplación de Dios.²⁶

Junto a estas virtudes cristianas que forman la trabazón vital de la personalidad del educador, dibuja San José de Calasanz un bosquejo de otras cualidades que él juzga necesarias para el buen andamiento de la escuela. Insiste mucho en que el educador debe hacerse estimar, respetar, reverenciar, obedecer y amar por los escolares²⁷ para poder desarrollar una acción educativa eficaz. Pero resalta que estas actitudes de estima, respeto, veneración, obediencia y amor a los niños para con sus maestros habrán de brotar espontáneamente, gracias al ejercicio habitual de las virtudes antes expresadas. De la comunicación de la verdad y de la bondad nacerá el bien educativo: el progreso intelectual y moral de los niños y maestros. Como puede apreciarse, Calasanz traza a grandes rasgos los elementos básicos para una verdadera metafísica de la educación.

La autoridad ejercida con discreción, uniendo en suave armonía la severidad con la benignidad²⁸ hará que el maestro logre «hacerse obedecer con afabilidad, y llevará al educando a un voluntario servicio, mediante la verdad declarada con amor de padre, mucho más que con los gritos y palabras injuriosas»²⁹ afirma el santo. De esta manera, el educador «vendrá a ser respetado y amado por los buenos, y temido por los malos y relajados».³⁰ Quiere también que el educador *esté presente* en medio de los niños, comparta sus juegos y recreaciones, sin abandonar una cierta gravedad religiosa, propia de su condición sacerdotal, para que de este contacto espontáneo surja el afecto mutuo y la comprensión de las situaciones personales.

Podríamos concluir señalando que para San José de Calasanz, la autoridad que se ha de ejercer en la escuela no es de naturaleza externa, afirmada con rigor y sostenida por medios represivos; sino una autoridad liberadora que brota de la personalidad espiritual y humana del educador, y se manifiesta con claridad y sencillez por el arte y caridad pe-

²⁶ PICANYOL, I.: *Epistolario*... o.c. L. 1.427.

²⁷ Ibidem, L. 2.190; L. 2.136; L. 32; L. 1.191; L. 4.116.

²⁸ Cfr. *Constitutiones*, p. 2^a, c. 9. n° 2.

²⁹ PICANYOL, I.: *Epistolario*... o.c. L. 2.412.

³⁰ PICANYOL, I.: *Epistolario*... o.c. L. 2.526.

dagógicas, de manera que serena y libremente estimulan, persuaden y guían al educando, el cual, al ver plasmada la virtud en su educador y al experimentar la atracción de los valores cristianos personificados en sus maestros, se deja llevar irresistiblemente hacia la verdad y el amor, con lo que se consuma la educación.

5.—LA ESCUELA EN MARCHA

Las preocupaciones, los análisis e ideales de San José de Calasanz no permanecieron en el ámbito de lo meramente conceptual; sino que fueron motivación y punto de arranque de numerosas y grandes realizaciones que puso en marcha su noble institución de las Escuelas Pías. En este trabajo voy a presentar solamente una de ellas, la que fue su mayor preocupación: la calidad de la educación intelectual y religiosa en la escuela primaria.

En el orden de los fines educativos a lograr, Calasanz puso como máximo la piedad, y, así reza el mote que fijó como lema de las Escuelas Pías: «*AD MAIOREM PIETATIS INCREMENTUM*»; pero no hemos de concebir esta piedad como una suma de ejercicios externos o de prácticas religiosas devocionales. Su sólida formación humanística y teológica —era Doctor en Teología— y sus vivencias religiosas le hacen concebir la piedad, «*pietas*», en su sentido más profundo: persuasión de la filiación adoptiva de que cada hombre goza ónticamente, gracias a la redención cumplida por Cristo³¹ y que incluye también el sentido romano de la *pietas*: «cuidado viril y amoroso del *pater-familias*, y fidelidad, honestidad, laboriosidad y constancia de los *liberi*».³²

Desde la comprensión de este sentido *plenior* de su lema, quedan superadas las dificultades que, para entender el espíritu calasancio, han encontrado algunos historiadores al ver la importancia dada a la instrucción intelectual y al pragmatismo de la escuela renovada que propugna nuestro santo, y que abarca toda la gama de las enseñanzas de su tiempo: religiosidad, humanismo y practicidad.

³¹ «El —Dios Padre— nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos, por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad» (Ef. 1, 4-5).

³² MORANDO, D.: *Pedagogía*. Miracle. Barcelona, 1953, p. 53.

Para lograr esas metas, dividió la escuela primaria en tres clases fundamentales:

—*Escuela de lectura*.

—*Escuela de escritura*.

—*Escuela de ábaco* (matemáticas).

Y, convencido de la importancia de la lectura para el progreso cultural y el desarrollo intelectual, subdividió *la escuela de leer* en varias clases o grados, tratando de acomodarla a los distintos niveles de aprendizaje alcanzado por los niños. Así vemos establecidos, desde el principio, estos grados fundamentales:

—*Escuela de la Santa Cruz*, o de leer deletreando.

—*Escuela del Salterio*, o de lectura comprensiva.

—*Escuela de leer de corrido*, o lectura seguida, con soltura y entonada.

Los objetivos que se proponían eran de diversos niveles: el fin último, que motivaba toda la enseñanza y al que se referían todos los esfuerzos formativos: el incremento de la piedad; el fin inmediato principal, el aprendizaje de la lectura comprensiva y expresiva; los fines secundarios, la estabilización de los niños en la escuela y su preparación para la inserción de la sociedad.

Para lograr esos objetivos, juzgaba imprescindibles el trabajo activo del maestro, bien preparado en letras, y avanzar en la enseñanza aprendizaje siguiendo un programa que abarcase tres períodos: 1º, conocimiento exacto de la fonética y grafía de los diversos sonidos y palabras; 2º, lectura comprensiva, mediante el análisis —explicación de significados— de las palabras *menos usuales*; 3º, lectura corrida y aprendizaje de algunas abreviaturas de uso frecuente. Incluía también, este tercer período, la comprensión de vocablos más difíciles y cultos.

Superado el primer período, en el que la enseñanza se hacía sobre un gran cartel mural con el alfabeto, los libros de lectura utilizados eran el Salterio para el latín y Vidas de Santos para el italiano, con lo que se superponían los dos grandes fines: instruir y moralizar. Son recomendaciones del santo: «los libros adoptados para la lectura de ninguna manera pueden ofender las buenas costumbres de los niños, ni pueden ver en ellos nada menos honesto o menos conveniente».³³ El método era intuitivo y simultáneo con la enseñanza de la escritura. Con el fin de evitar la fatiga de los niños, y de que apreciaran la lectura, daba gran importancia a la buena impresión de los libros, e instaba que se controla-

³³ B.A.C.: *San José de Calasanz, su obra y escritos*, o.c. cap. IX, apart. XV.

sen las actividades escolares diarias, para asegurar una base sólida y prevenir futuras dificultades.

La *Escuela de escritura*, por su parte, tuvo gran importancia debido a la gran utilidad de la caligrafía en las actividades públicas y comerciales de la época. Se subdividía en dos grados:

—*Escuela práctica*, para los que habían de ejercer después algún oficio.

—*Escuela literaria*, para los que hubieren de continuar estudios medios.

Iban precedidas de un período de aprendizaje, simultáneo con la lectura, de tres o cuatro meses, en los que se adquiría una forma de letra suficientemente legible.

El objetivo principal era: lograr una escritura ligera, disciplinada, correcta en su ortografía, legible y, si era posible, bella, caligráfica. También este objetivo principal e inmediato estaba subordinado en su finalidad al *incrementum pietatis*, por lo que los textos para reproducir eran escogidos de autores ortodoxos en doctrina cristiana, o bien elaborados por los mismos maestros. Los ejercicios realizados eran corregidos por los maestros, con indicación de los rasgos menos correctos o menos ajustados al modelo.

La distribución del trabajo escolar se hacía en dos sesiones: los alumnos de la escuela práctica dedicaban la mañana al ábaco, y la tarde a la escritura; los alumnos de la escuela literaria se empeñaban por la mañana en las reglas gramaticales —nominativos y verbos— y por la tarde, la escritura.

Entre los alumnos más avanzados se llegaban a modelos caligráficos que eran verdaderas muestras de arte pendolístico. Los premios a los mejores trabajos, las exposiciones que de cuando en cuando se hacían, especialmente con motivo de alguna fiesta o el fin de curso, y la emulación que despertaba el ver en un cuadro honorífico del aula las más bellas realizaciones, llevaron a maestros y a alumnos a niveles artísticos de calidad óptima en esta especialidad. Además, el santo estimulaba a los maestros a perfeccionarse en esto: «Procure V.R. que el H. Domingo aprenda algo del H. Santiago, pues, importa mucho que haya entre nosotros hombres perfectos en este ejercicio de escribir»,³⁴ tradición que ha llegado hasta nuestros tiempos en los colegios escolapios.

El método en el aprendizaje de la escritura era intuitivo —copiando modelos presentes a la vista en el momento de la ejecución— a los que había que acomodar el tamaño, la inclinación, los rasgos, etc. y creativo cuando el alumno había alcanzado metas de perfección notables. Crea-

³⁴ PICANYOL, I. *Epistolario*, o.c. L. 900.

ción que se daba no solamente en la forma de la letra, sino también en los contenidos de los textos y en el exorno con que se engalanaban los títulos y las letras capitales. Se cuidaba mucho la altura de los pupitres, la adecuación de los asientos, la postura de los alumnos, la situación respecto a la iluminación, a fin de que no hubiera condicionamientos negativos a la hora de realizar la caligrafía.

La Escuela de ábaco (matemáticas) fue una verdadera novedad en la enseñanza de los niños, especialmente por la importancia que se le dio en las Escuelas Pías, cuando lo que privaba era la formación humanística. Pero la proyección liberadora-social que San José de Calasanz quiso imprimir a su obra educativa lo explica perfectamente. La aritmética habría de proporcionar, a muchos niños pobres, oficios que les permitirían ganarse la vida honradamente: contable, computista, comerciante, adscrito a las funciones públicas de alcabaleros, recaudadores de impuestos, etc.

Los objetivos inmediatos eran el aprendizaje de las cuatro reglas elementales de aritmética, logrando rapidez y exactitud en los cálculos. Si el progreso del alumno lo permitía y se contaba con profesor preparado en la asignatura, se enseñaban también matemáticas aplicadas al arte militar y al comercio. Ya fuera de la enseñanza elemental, en las clases organizadas para los alumnos de enseñanzas medias introdujo también Calasanz la matemática superior, aunque solamente para grupos minoritarios. De sus escuelas salieron notables matemáticos.

El método seguido en la enseñanza de esta materia era, en un primer momento, expositivo por parte del maestro que debía procurar hacerlo con gran claridad y orden, para facilitar el aprendizaje; en un segundo tiempo, se atendía a la actividad de los alumnos, mediante ejercicios prácticos de cálculo que el maestro ponía como tarea cotidiana a realizar por los alumnos y, que luego corregía, unas veces mediante el control personal, y otras, con la corrección colectiva a la vista de todos, invitando para esta función a los alumnos mejor preparados, con los que propiciaba la enseñanza mutua. También instaba Calasanz a sus seguidores para que se impusieran en esta materia: «No me podrá hacer vuestra caridad cosa más grata que enseñar con toda diligencia la Aritmética al P. Ignacio, y si hay algún otro que quiera dedicarse a ella, hágalo con toda diligencia, porque esa ciencia y su ejercicio es muy útil para los pobres que no tienen capital para vivir sin el trabajo».³⁵

El texto que acabo de transcribir tiene, en sus pocas líneas, una ri-

³⁵ PICANYOL, I. *Epistolario...* o.c. L. 3.753.

queza tan grande de contenido que no quiero pasar sin hacerlo notar. Nos muestra la finalidad pragmática y utilitaria que deseaba para su escuela, el sentido liberador-social de su actuación a fin de arrancar del ocio y de la miseria a los pobres, el respeto vocacional a las preferencias de sus maestros, y, en fin, el estímulo a la formación permanente del profesorado. Una vez más, se pone de relieve la maravillosa intuición pedagógica y su permanencia a través de los tiempos de la doctrina calasancia, lo que constituye a nuestro Santo en un verdadero clásico de la educación.

6.—EL «ALMA» DE LA ESCUELA CALASANCIA

No podemos olvidar que, si bien Calasanz fue movido por la miserable situación en que se encontraban los niños y jóvenes romanos para lanzarse a su obra de regeneración y liberación, éstas no pueden entenderse solamente como una acción social y humanitaria. Por su cosmovisión del Hombre y de la Historia apunta a metas más altas.

El entenderá esta regeneración como un renacimiento espiritual —aunque abarcando a todo el hombre— que lo reconstituya como hijo de Dios, porque su motivación (última en el orden de los fines, y primera en el orden de la acción) fue el amor al prójimo como reflejo del amor de Dios. A través de todos sus escritos aparece siempre este núcleo motivacional: «Ved que amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos».³⁶

Asimismo, por liberación entenderá, no solamente la supresión del hambre y de la ignorancia en que yacían esos muchachos, mediante la acogida y la instrucción elemental; sino que tendrá como designio primero y principal la liberación del mal, de cualquier clase que fuere: abandono, explotación, vicio, violencia, delincuencia, prisión. Todo ello subsumido bajo el concepto de pecado en su más profunda significación bíblica: «*amartía*» = infidelidad, rotura del pacto; «*adikía*» = injusticia. Es decir, que su liberación abarcaba tanto el mal social que caía sobre los niños, los penetraba y transformaba hasta hacerlos carne de pecado, y, por una triste paradoja del histrionismo social, carne de presidio y de horca; cuanto el pecado individual, hacia el que se iban deslizando los jóvenes arrastrados por el ambiente malsano y por sus carencias de defensas espirituales y socio-familiares. Por eso repetirá una y otra vez en sus enseñanzas, como un eco del mensaje divino: «Hijitos, que nadie os

³⁶ 1 Jo. 3. 1-3.

extravíe: el que practica la justicia es justo... el que comete pecado, ese es del diablo... El que no practica la justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano».³⁷ Injusticia y pecado unidos. Una vez más, se manifiesta que entrega toda su persona a la regeneración y liberación de los niños.

Para hacer efectivas esa regeneración y liberación quiso el santo fundador de las Escuelas Pías que sus obras educativas estuvieran transidas de doctrina y vida cristianas. Quería que se proporcionase a los niños una educación religiosa y moral lo más perfecta posible, adecuada a sus niveles de desarrollo intelectual y afectivo. Así recomendaba a un maestro: «Ponga toda su diligencia en enseñar la doctrina cristiana y ayudar a las almas: es lo más grande que se puede hacer en esta vida, y esta obra hecha con alegría agrada mucho a Dios, el cual da su santo espíritu con plenitud de sus dones».³⁸

Los objetivos a conseguir eran: una buena intelección de la fe, unida a la asimilación vital de la gracia de la filiación adoptiva, que proporcionara a los niños el gozo de sentirse hijos de Dios, de esperar en El y de colmar sus ansias de amar y ser amados. Es decir, que se buscaba que los niños no sólo aprendieran la doctrina cristiana, sino que interiorizaran el misterio de la salvación.

Para conseguir estos fines ponía a contribución todo su saber y entender, todo su afecto y religiosidad. *La parte doctrinal* se apoyaba en el *Catecismo de la Doctrina Cristiana* del cardenal BELARMINO, como libro de texto para los alumnos, y en el volumen *Declaraciones más extensas de la Doctrina Cristiana*, del mismo autor como libro de preparación inmediata para los maestros. Estas enseñanzas se impartían diariamente, con breves explicaciones de los temas religiosos, aprendizaje de memoria de algunas líneas del catecismo, exhortaciones morales, y control frecuente del trabajo realizado.

La parte vivencial o de participación activa de los niños consistía en reuniones con pequeños grupos, especialmente los domingos, en las que los niños dialogaban, desarrollaban breves disputas sobre temas religiosos, ejercían como catequistas los mejores preparados, representaban escenas bíblicas dramatizadas, ejecutaban cantos, participaban en las fundaciones litúrgicas y se comprometían en actividades caritativas y de ayuda a otros. Para ayudar a los niños en su contemplación de los mis-

³⁷ 1^a Jo. 3, 7.

³⁸ PICANYOL, I.: *Epistolario...*, o.c. L. 1.148.

terios de la fe, escribió Calasanz un librito cuyo título es: *Algunos misterios de la vida y pasión de Cristo*.

CONCLUSION

Voy a poner fin a este trabajo. Quedan por mostrar muchas facetas de quien fuera el gran renovador de la escuela popular en las postrimerías del siglo XVI y primer tercio del XVII. Para terminar, quiero resaltar su concepción del maestro como *Cooperador de la Verdad*, que él tan brillantemente encarnó, y en la que está claramente delineado el papel a jugar por el educador profesional de todos los tiempos.

El maestro Co-operador de la Verdad se nos muestra como el que ayuda al educando a descubrir la verdad y al mismo tiempo patentiza ésta, en sus rasgos característicos esenciales, para que sea correctamente percibida y entendida. Se descubren aquí las influencias clásicas presentes en Calasanz, tanto si se entiende la consecución de la verdad como «*aletheia*», cuanto si se considera como conquista de la virtud, en la modalidad de «*pietas*».

También aparece el sentido óntico de la causalidad del educador, ya que ayuda al niño a realizarse como SER PERSONAL, AUTENTICO, VERAZ Y BUENO, a la manera de concausa *aequaliter principalis*, ya que la bondad, la unidad y la verdad del ser son una misma entidad, de acuerdo con la visión filosófica aristotélico-tomista que fundamentaba todo el saber de José de Calasanz: «*ens verum, bonum et unum convertuntur*».

Y, sobre todo, resplandece el significado religioso de su co-operación con la Verdad Suma, con Dios, al fomentar entre los niños y sus educadores la realidad humano-divina de la *religación*, religión, consciente y voluntariamente querida, mediante el *incrementum pietatis* centrado en la persona de Jesucristo en su calidad de Hijo de Dios y Liberador de los Hombres.

BIBLIOGRAFIA

- B.A.C. (Ediciones): *San José de Calasanz. Su obra. Sus escritos*. Edit. Católica. Madrid, 1956 (obra en colaboración).
 BAU, C.: *San José de Calasanz*. Salamanca, 1967.
 CABALLERO, V.: *Orientaciones pedagógicas de San José de Calasanz*. C.S.I.C. Madrid, 1945.

CABALLERO V.: *Orientaciones pedagógicas de las Escuelas Pías*. Madrid, 1950.

CENTELLES, J.: *San José de Calasanz*. Madrid, 1956.

DOMINGUEZ, M.: *San José de Calasanz, el Santo de los niños*. Madrid, 1949.

EXTRACOMERCIAL: *Constitutiones Scholarum Piarum; Regulae Calasantiae*.

PICANYOL, I.: *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*. (9 vol.). Edit. Calasancia. Roma, 1951-1956.

VARIOS: *Ephemerides Calasantiae*. Roma (consultados los N^{os} 1-36) Roma, 1967.

RESUMEN

La figura de D. José de Calasanz merece ser presentada a los alumnos de Magisterio por la altura de sus ideales y la universalidad de sus obras educativas.

El «alma» de la escuela calasancia es la regeneración social y religiosa del niño, y su liberación de cualquier mal: abandono, explotación, vicio, violencia, delincuencia, prisión. Todo ello integrado en la liberación bíblica aportada por el amor de Jesús el Gran Liberador de los hombres.

SUMMARY

It is worth presenting the figure of St. Joseph of Calasanz to those training to be teachers due to his high ideals and the universality of his educational works.

The «soul» of the Calasanz school is the social and religious regeneration of the young person, and his liberation from any form of evil: neglect, exploitation, vice, violence, delinquency, prison. This is all part of the biblical liberation brought about by the love of Jesus of Great Liberator of men.

RÉSUMÉ

La personne de Saint Joseph de Calasanz mérite bien d'être présentée aux étudiants d'école normale tant par la hauteur de ses idéals que par l'universalité de ses ouvrages éducatifs.

«L'âme» de l'école calasance, est la régénération sociale et religieuse de l'enfant ainsi que la libération de certains malheurs; tels que l'abandon l'exploitation, le vice, la violence, la délinquance ou la prison. Et tout ceci intégré dans la libération biblique apportée par l'amour de Jésus le Grand Libérateur des homes.